



OPINIÓN  
**La condesa y el ponchito  
de la pureza**

Por Xochitl Campos López ▶ 3

## OPINIÓN

# La condesa y el ponchito de la pureza

Por Xochitl Patricia Campos López

**E**n el reino de Minerva, donde el saber se mide en tomos polvorientos y la verdad se esconde en laberintos burocráticos, existe un feudo peculiar.

Sus señores, que claman ser los más humildes, han levantado un discurso de despojo y austeridad, una bandera de cartón que ondean con orgullo desde sus castillos bien amueblados.

Han hecho de la modestia una moneda de cambio y del populismo un atuendo de gala. El atuendo, por cierto, es un ponchito de lana.

Un símbolo del pueblo, de la sencillez y de la vida sin artificios.

Dicen que su reina, la consorte de un monarca que habla con la gente común, lo lleva con dignidad, pero sus sirvientes y cortesanos murmuran que en realidad la prenda es un camuflaje.

Un velo tejido de excusas que disimula el brillo de sus joyas y el pasaporte que la lleva a otras cortes lejanas, donde la vida se vive sin el peso del discurso.

Aunque el ponchito trata de ser un vestido de la verdad y significa pureza, honestidad valiente y amor al pueblo; la cohorte lo desmiente.

Los nobles se autodenominan la "vanguardia del pueblo", pero en realidad son una élite con el pedigrí de la supuesta lucha, que en las fiestas privadas brinda con champán y en público se queja de las injusticias.

Han convertido el feudo en un cementerio, un mausoleo donde las ideas mueren por inanición mientras los vivos se pelean por los restos del banquete.

La honorabilidad, crítica y rebeldía: todo está enterrado bajo una lápida de inamovilidad y clientelismo.

Han hecho un pacto con el diablo de la corrupción y se han aliado con sus más acérrimos enemigos. No les importa si es el yunque o el martillo.

En el fondo, todos se sientan en la misma mesa y se reparten las migajas del poder.

El discurso es solo un ornamento para el espectáculo; el verdadero negocio es la compraventa de influencias, la negociación de puestos y el desfalco de los recursos públicos. El ponchito de la verdad y de la pureza se ha manchado de lodo, y la fachada de

austeridad se ha agrietado.

Y lo más triste, es que los súbditos que los vitorean todavía no se han dado cuenta de que, bajo la capa de humildad, se esconde la misma nobleza de siempre, sólo que con otro nombre.

En los claustros donde se prometía la luz, hoy se refleja una imagen distorsionada.

No es una crisis de ideas, sino un drama de máscaras y disfraces, donde los actores, con ropajes de purismo ideológico, danzan un minué con las élites que dicen combatir.

La ironía se viste de gala en los pasillos, donde el discurso del desinterés y la austeridad choca de frente con el brillo de vidas que niegan sus propios principios.

Aquellos que predicán la emancipación de los oprimidos y el rigor del materialismo dialéctico, no dudan en sentarse a la mesa de los poderosos, negociando cuotas de influencia y prebendas.

Es una danza que se repite, un ritual que no es nuevo, pero que ahora se presenta con un cinismo sin precedentes.

La coherencia, esa vieja virtud, se ha convertido en un lujo que pocos pueden permitirse, una pieza de anticuario relegada al olvido. La moral es un árbol que da moras.

Mueran para siempre Marc Bloch, Walter Benjamin y Stefan Zweig, vivan para siempre Carmen Romano, Sasha Montenegro y Gonzalo N. Santos.

La decepción es amarga porque el ideal era noble. Se creía que el ponchito era una fuerza democratizadora, un faro capaz de iluminar hasta el rincón más oscuro de la corrupción.

Sin embargo, se ha demostrado que puede ser domesticado, cooptado y puesto al servicio de los mismos vicios que prometía erradicar.

El ponchito de la pureza, ese baluarte de la justicia social se revela, así como una sátira de la justicia, un monumento a la hipocresía que duele más por venir disfrazado de virtud.

Y en este desfile de apariencias, la verdad no se revela, sino que se esconde, esperando el momento de resurgir, quizá en los márgenes, en la resistencia de aquellos que aún se atreven a creer.

Es una parodia de la búsqueda de la verdad, un acto de contorsionismo y transfuguismo que sacrifica la integridad en aras de la conveniencia.

**Los nobles se autodenominan la "vanguardia del pueblo", pero en realidad son una élite con el pedigrí de la supuesta lucha, que en las fiestas privadas brinda con champán y en público se queja de las injusticias**

PERIÓDICO

PÁGINA

FECHA

SECCIÓN

EL INDEPENDIENTE

PP,3

28/08/2025

OPINIÓN



**CÁMARA DE  
DIPUTADOS**  
LXVI LEGISLATURA  
SOBERANÍA Y JUSTICIA SOCIAL

